



Manuel García Castellón

EL CANTO PERSONAL DE LEOPOLDO PANERO FRENTE AL CANTO GENERAL DE PABLO NERUDA: APOLOGÉTICA DE ESPAÑA FRENTE A MATERIALISMO HISTÓRICO

Entre la poesía del asturicense Leopoldo Panero (1908-1962), señero poeta de la generación de 1936, su *Canto personal* (1953), de ecos clásicos y en forma de epístola moral, va dirigido con serena indignación a Pablo Neruda (1904-1973), quien tres años atrás había cosechado resonante éxito con la monumental épica del *Canto general*. Y es que, en su celebrado poema, el poeta chileno, aun valorando la gesta española de conquista, no omite la humillación que el coloniaje infligiera a los pueblos amerindios. Exalta, pues, las insurgencias criollas que han convertido a la América en un haz de frescas repúblicas; vitupera a espúreos caudillos y magnates vendepatrias, frente a los que se alzan paladines de honor y libertades. El *Canto General*, cual amplio políptico literario, no en vano iba ilustrado por los muralistas mexicanos Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, de afinidad ideológica con Neruda. Según su comentarista Enrico María Santí, el *Canto General* es «una versión en verso de la historia americana según los principios del materialismo histórico» (80).

Por su carácter general de alegato, el poema de Neruda enlazaba con la poesía social que éste iniciara con su poemario *España en el corazón* (1938), escrito durante la guerra civil española. La relación de Neruda con España se debe inicialmente a su trayectoria como diplomático. Tras haberse encargado de las legaciones chilenas en Ceilán, Java, Singapur y Buenos Aires (ciudad ésta donde coincide por primera vez con Federico García Lorca), es nombrado cónsul de Chile en Barcelona y más tarde en Madrid, adonde llega en 1934. En Londres conoce al parecer a Leopoldo Panero, cuando éste cursaba estudios literarios ingleses en aquella capital. Una vez en España, Neruda intensifica su relación con lo más selecto de los poetas de entonces. Con incursiones en el surrealismo a la sazón de moda, pero con acentos de compromiso social y poesía «impura», Neruda encandila a aquellos jóvenes españoles, entre los que más bien se cultivaba una poesía todavía intimista y personal, descendiente del romanticismo, es decir, «pura», como la llaman los críticos.

Al llegar a Madrid... a los pocos días yo era uno más entre los poetas españoles. Naturalmente que españoles y americanos somos diferentes, diferencia que se lleva siempre con orgullo o con error por unos y otros. Los españoles de mi generación eran más fraternales, más solidarios y

más alegres que mis compañeros de América Latina. Comprobé al mismo tiempo que nosotros éramos más universales, más metidos en otros lenguajes y otras culturas... Miguel [Hernández] era tan campesino que llevaba un aura de tierra en torno a él. Tenía una cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva frescura subterránea. Vivía y escribía en mi casa. Mi poesía americana, con otros horizontes y llanuras, lo impresionó y lo fue cambiando. (1974:160)

En 1935, Manuel Altolaguirre confía a Neruda la dirección de la revista *Caballo verde para la poesía*, en la cual colaboran poetas de las generaciones del 27 y del 36, incluido Panero. Iniciado el alzamiento militar, y tras el asesinato de Lorca, Neruda se compromete apasionadamente con la causa democrática española. Vuelto a París, el Presidente Aguirre Cerda le nombra comisionado especial para la acogida de exiliados españoles en tránsito hacia Chile. Muchos intelectuales se ampararon bajo el generoso favor de Aguirre Cerda, consciente, como el Presidente Cárdenas de México, del súbito beneficio que aquel exilio prestaba a la cultura de sus respectivos países. En 1937, con ayuda económica del Gobierno de la República Española, Neruda prepara el Congreso de Escritores Anti-Fascistas, a celebrarse en aquel Madrid asediado por las bombas y en el que participaría toda una pléyade de poetas de Europa y las Américas: Aragon, Malraux, César Vallejo, Vicente Huidobro... Entre los españoles estaban Ángel Gaos, Serrano Plaja, Emilio Prados, Juan Gil-Albert, Miguel Hernández, Ramón Gaya, Herrera Petere...¹

Como bien se sabe, al final de la contienda fratricida, lo más cumplido y maduro de la intelectualidad española optó por expatriarse. El intelectual, por el mero hecho de serlo, incurrió *latae sententiae* en la paranoia de un régimen que, a través de uno de sus grotescos generales, había gritado «viva la muerte, muera la inteligencia» en el paraninfo de la más venerable de las Universidades españolas. Aún así, hubo quienes, no sin mucha valentía, decidieron permanecer y arrostrar la hostilidad del sistema, la cual ciertamente iría atemperándose en las sucesivas etapas del mismo. Podrá pensarse, pues, que aquellos que decidieron quedarse, y contribuir con su mensaje de esperanza y resistencia callada, se deba la paulatina mitigación de la ferocidad anti-intelectual de posguerra. Leopoldo Panero es uno



Leopoldo Panero. Fotografía tomada del libro *La poesía vinculante de Leopoldo Panero*, de José Paulino Ayuso, Ayuntamiento de Madrid, 2006



Pablo Neruda. Imagen tomada de Internet: pequenamoleskine.wordpress.com

de los pocos poetas de raza que no optarían por el exilio. Después de ignominiosa persecución, acusado de recabar fondos para el Socorro Rojo Internacional, destinado a la muerte y finalmente salvado de milagro por los buenos oficios nada menos que de la mismísima Señora de Franco (parienta de la familia materna de Panero), el poeta asturicense opta por adecuarse de buena fe a la ideología oficial y nacional-católica. Tal no le fuera muy difícil, toda vez que nunca había incurrido en mensaje literario de tipo social y que, por otra parte, procedía de acendrada estirpe burguesa provincial.² El mismo Panero en su *Canto personal*, según nota César Aller, desdeña la pretendida eficacia de la llamada poesía social y su praxis utilitaria. De las primeras rotundidades en su canto personal, ésta es una: «Toda la poesía, toda esa / que la llaman social, ningún obrero / la convive en sudor de mano impresa» (274).

A finales del los años '50 -ecuador de la dictadura franquista- Panero, a fuerza de militancia, ya ha llegado a erigirse, como dicen algunos, en poeta del régimen.³ Por tanto, desde esa oficiosa atribución, pero también desde convicciones profundas, es él quien se verá obligado a oponer distinta filosofía de la historia al alegato de Pablo Neruda. El *Canto General* de Neruda le parece ofensivo para la memoria histórica de España, en especial para su gesta americana. Panero lleva a cabo su acto de repulsa con los quinientos tercetos encadenados de su *Canto personal*, donde el intimismo coexiste con una poesía de la que dio en llamarse «arraigada»; es decir, aquella corriente que a partir de 1940 alienta entre los poetas que, en

vez de exilarse, optan por congeniar con el sistema. Dicho tipo de poesía bebía en fuentes tradicionales; estaba atenta al equilibrio formal (sonetos, silvas, epístolas morales, etc.) y a compromisos morales y religiosos; era, por supuesto, más luminosa, esperanzada y optimista que sombría y existencial. Poseía asimismo ecos del noventayochismo, toda vez que seguía contemplando el paisaje castellano -austero y diáfano- cual trasunto del alma española. En este grupo, junto a Panero figuran también Leopoldo de Luis, Rafael Duyós, Carmen Conde, Luis Rosales y, algo proclive al desengaño, Dionisio Ridruejo. El exponente editorial de estos poetas era la revista *Garcilaso*. No era lo de ellos la poesía social; no lo era por supuesto en Panero, como dice César Aller, «bien porque estuviera alejado de las zonas de la sociedad en que aparecen más agudamente o porque, tras el paso cruento por la guerra civil, llegara a la conclusión de que eran preferibles otros planteamientos» (143). Por su parte, y contemporáneamente, la poesía «desarraigada» agrupaba a poetas de tono existencial, nihilista y pesimista como Dámaso Alonso (*Hijos de la ira*) y Vicente Aleixandre (*Sombra del paraíso*). Significativa de este tipo de poesía fue *Espadaña*, revista que editaban los poetas leoneses Eugenio de Nora y Victoriano Crémer.

Mezclando acentos de ambas tesituras poéticas, pero con el compromiso patriótico en serena ebullición, comienza Panero a gestar su *Canto personal*. En realidad, el poema no nacía de un plan preconcebido, sino de cierto berrinche inicial.

Según reporta Alberto Parra Higuera, en 1953 Panero recibe un ejemplar de *Nuestro tiempo*, revista que publicaban los exilados españoles en México y en la cual se insertaba el poema de Neruda «El pastor perdido». Se trataba de una elegía a Miguel Hernández, donde se criticaba de pasada a José María de Cossío, cual si éste hubiera sido cómplice de los carceleros de Hernández en la cárcel de Alicante. La lectura provoca en Panero una cierta indignación; él sabe que, precisamente gracias a Cossío, Miguel Hernández había conmutado su pena capital por la de prisión, aunque ésta fuera sin fijación de libertad. Panero inicia su respuesta a Neruda encadenando con vehemencia terceto tras terceto. Antes, los prologa así:

Surgió esta epístola, pero creció tanto, tomó tal fuerza, que se independizó, convirtiéndose ella sola en un libro... Lo escribí porque me sentí moralmente obligado a hacerlo y tengo la absoluta convicción de que si el propio Miguel Hernández hubiera vivido, habría sido él quien escribiera una carta análoga a Neruda (Carlos Fernández Cuenca, *Pueblo*, Madrid, 13 de junio de 1957; cit. por Alberto Padilla, p. 28).

En efecto, el libro crece, se agiganta de un tirón y se edita unos meses después, en 1953. Tendría dos reediciones y le valdría al autor el Premio Nacional de Poesía. Panero lo había escrito traspasando su propio umbral de poesía pura y acendrada, subordinándose el poeta a un ideario nacional, católico, con propósito apologético y a la vez épico-encomiástico. Él dice admirar «Alturas de Macchu Pichu», sin duda el más sublime segmento del Canto nerudiano, para, de paso, abrazar la vieja tesis providencialista de que a América le aguardaba un sino español, por más que éste tuviera que iniciarse cruentamente:

*No he estado en Macchu Pichu, aunque te hable:
es tu mejor poema y lo contemplo
hermosamente virgen y durable.*

*Se oye allí resonar el gran ejemplo
que a todos los imperios amenaza
menos al que es espíritu hecho templo.*

*Se oye lo interrumpido de una raza,
porque Dios dijo entonces (Dios lo dijo)
a Francisco Pizarro: Sienta plaza,*

*y escribe con tu sangre un crucifijo,
y el alma con tu dedo; y a caballo,
y a los cincuenta años, yo te elijo.*

*Como un escapulario que hace callo
en el pecho, su huella en la montaña
andina sigue fresca y yo la hallo.*

*Mas es cierto que entonces se te empaña
la voz; y que tu sangre se humedece
del sagrado dolor que la acompaña.*

*Respeto noble el corazón merece,
y escrito el nuestro está como a cuchillo;
pero la sangre en cruz mejor florece. (276)*

Con respecto al vituperio que Neruda hace de la conquista de América, Panero acusa de superficialidad y estupidéz a quien se rinde a la crítica suscitada por los enemigos tradicionales de España:

*Se ha dicho tanto mal de la conquista,
española y feroz, Pablo Neruda,
que no hay sin sonreír quien lo resista.*

*Que algo es algo verdad no cabe duda.
Y un tercer algo justo, y como acero:
lo que hace un español, su ser no muda,*

*y es, lo quieran o no, muy duradero.
Se necesita estar del todo loco,
o ronco, sordo, vano, roto y huero,*

*para hablar de Cortés con el descoco
de un profesor inglés de hace cien años,
enterado de España adrede y poco. (284)*

La guerra civil española, según Panero, también se inscribe en esa dinámica histórica de providencialismo, y para él todo lo que en ella cae germina en savia de España una y nueva, incluso la amada figura de Federico el poeta, cuya muerte es, para el régimen, molesta espina ante la intelectualidad internacional. A Panero, la guerra le parece cara y cruz de un mismo afán nacional, donde lo trágico y lo agónico conducirán a nueva vida: «Una guerra es un íntimo combate, / y no una voluntad a sangre fría; / donde cae Federico, el agua late; / donde cayó un millón la tierra es mía» (277). Y finalmente, España se salva con sólo vivir de su propia esencia y fe, sin necesidad de la utopía marxista: «Porque España es así (y el ruso, ruso) / hoy preferimos el retraso en Cristo / a progresar en un espejo iluso» (279).

El anterior terceto es de dudoso gusto, por supuesto. Más valiosos nos parecen ciertos jirones de poesía intimista y pura, diáfana, afín al noventayochismo de Azorines o Machados, por los que el poeta, al explicar el sueño ilusorio de la misma existencia, se escapa un tanto de la tarea apologética que se ha fijado:

*Estoy sentado en la terrosa cumbre
de la calle de Ibiza, en la terraza
de un bar; en retirada muchedumbre.*

*Me rodea la voz como una plaza
de toros que interrumpe la cogida:
la cornada que el ser nos desenlaza.*

*Me circunda la especie (no extinguida)
de Iberia, varias veces milenaria,
que sabe lo que sabe de la vida.*

*Me afirmo en hermandad con la precaria
planicie del geráneo y la esparteña
y me asomo a su anchura planetaria*

*desmenuzada en polvo, pero dueña
del mismo manantial que en mí transcurre;
y sabiendo cual yo que el hombre sueña,*

*Ibiza es calle nueva que discurre
plácidamente ancha hacia La Mancha,
y donde nada de importancia ocurre. (288)*

Poco eco debió de tener el *Canto personal* de Panero en Neruda, quien jamás nombra al leonés en su libro de memorias. Sin embargo, cierta relación entre ambos existió antes de la contienda española, a creer a Ricardo Gullón, y al parecer dicha relación no se limitaría a la simple admisión del poema de Panero en *Caballo verde para la poesía*, la revista que Neruda dirigió en Madrid. Dice, pues, Gullón del trato que existiera entre los hermanos Panero y Neruda:

Quando en 1934 llegó Pablo Neruda a Madrid, los poetas le saludaron entusiastas. Los Panero entraron en su círculo de atracción (Juan Ramón Jiménez y Juan Larrea se distanciaron). Hasta tal punto llegaba el entusiasmo de Juan que, hojeando la *Antología de la poesía española e hispano-americana*, entonces recién publicada por Federico de Onís, la condenó sin apelación por considerar que no hacía suficiente justicia al autor de *Crepusculario*. Inútil hablarle de fechas, de problemas de impresión. Si Neruda no parecía destacado como quién más, la obra no tenía salvación y no merecía gastar tiempo en consultarla. (81-82)

La relación con Neruda, según Gullón, parece que afecta de manera desigual a ambos hermanos:

Sin el apasionamiento de Juan, entró Leopoldo en una curiosa relación con Neruda y su poesía. Esta relación, corriente, honda y fresca, ayuda a explicar su reacción frente al *Canto General*, contra las injusticias y los insultos que Neruda insertó entre páginas de deslumbrante belleza. El *Canto personal* de Leopoldo, no se entenderá si no se entiende su concepto de la amistad. Amistad desengañada y más; casi diría amor desengañado. (82-83)

Sea cual fuere la relación entre Neruda y Panero, lo cierto es que uno de los poemas acogidos en el número inaugural de *Caballo Verde* es «Por el centro del día», de Leopoldo Panero.⁴ A propósito de esta inserción en la revista de Neruda, Leopoldo de Luis, tras señalar los anticipos del Panero de madurez en dicho poema —«la unción cuasi religiosa frente al paisaje, el sentimiento paradójico de la alegría triste, el trascendentalismo»—, precisamente añade que lo nerudiano es uno de los múltiples ingredientes en el inicial estilo de Panero:

Están, cómo no, ciertas reminiscencias de quien tanto figuraba en aquel panorama poético español, director, además, de la revista donde el poema aparece. Versos como «mi firme residencia en esta torre de debilidad» o «tu carne tiene el gracioso color del pan» pasan fugazmente por la luz nerudiana y constatan una relación que, tiempo adelante —años y guerra por medio— se alzaría en conflicto, cuando *Canto personal* (1952) replique al americanismo excluyente de Neruda. (39-40)⁵

Por nuestra parte calculamos que la relación personal entre Neruda y Panero no debió de ser muy intensa, si bien al parecer ya se conocían de Londres, donde Panero —como ya hemos dicho— cursaba estudios de Literatura inglesa al tiempo que Neruda llevaba a cabo una de sus varias misiones consulares.

En España, la personalidad carismática de Neruda atrajo hacia él toda una corte de jóvenes poetas, noveleros en cuanto a sentir y dejarse influir por el acento diverso de una poesía ultra-atlántica y ya entonces prestigiosa. Algo muy parecido había ocurrido cuatro décadas atrás con Rubén Darío y sus jóvenes admiradores españoles, ansiosos de integrarse en el brillante *Modernismo*. En sus memorias, Neruda no menciona a Panero, pero sí de forma especial a Rafael Alberti, Manolo Altolaguirre, Luis Cernuda, Miguel Hernández, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Antonio Machado, Picasso... y por supuesto, Federico García Lorca, con quien Neruda tuvo fraternal trato y a quien dedica un encendido elogio en *Confieso que he vivido*.⁶ Es revelador lo que dice acerca de Juan Ramón Jiménez:

Juan Ramón, un demonio barbudo que cada día lanzaba su saeta contra éste o aquél. Contra mí escribía todas las semanas en unos acaracolados comentarios que publicaba domingo a domingo en el diario *El Sol*. Pero yo opté por vivir y dejarlo vivir. Nunca contesté nada. No respondí —ni respondo— a las agresiones literarias. (1999: 211-215)

Es decir, si tal sorna se permitió Neruda con Juan Ramón, también llamado a ser Premio Nobel y entonces todo un icono entre la juventud poética española, suponemos idéntico afecto, años más tarde, respecto a Panero y su *Canto personal*. En efecto, el crítico Alberto Padilla dice que Neruda responde al libro de Panero «de un modo apacible» en declaraciones a la revista chilena *Ercilla* de 29 de diciembre de 1953. Sentimos no disponer del texto de esa entrevista, pero nos permitimos suponer que cualquier lene respuesta de Neruda, ya poseído de su gigantesca estatura poética, conllevaría su carga de desdén a quien en el lejano pasado fuera uno de sus seguidores, quizá vagamente recordado, de los días en que el chileno sentaba cátedra en Madrid de surrealismo y poesía testimonial.

César Aller, a propósito del *Canto personal* de Panero, ve desacertada tal réplica a Neruda, ya que en su opinión

no suele ser la poesía buen vehículo para desarrollar polémicas y, mucho menos la defensa a ultranza de una postura. Aparte de los errores de Neruda contemplados por Panero, no cabe contestarle haciendo una especie de división maniquea del mundo, ni suele resultar eficaz la paternalista exhortación, ni la execración del posible antagonista. *Canto personal* es una defensa –y también un ataque– pero una defensa ineficaz y, a mi parecer, no certera. Pudo ser fruto de un apasionamiento recto en sus motivaciones, pero su raíz y orientación predeterminaron el poema y le dan una atmósfera de dogmatismo molesto y poco sostenible. De este punto de vista quedan oscurecidos los méritos literarios del largo poema endecasílabo de Panero, y más si se recuerdan algunas partes grandiosas del Canto General. (145-146)

Más positiva es la crítica de Parra Higuera, quien afirma que el libro de Panero

no se agota en la pura intención polémica, sino que reborda los límites circunstanciales que le han dado génesis y presenta en una nueva vivencia creadora de España e Hispanoamérica, desde su fe y su tierra, desde su vida religiosa y su vida histórica, una nueva interpretación del mundo hispánico que es a la vez el modo de ver y sentir histórico de su generación. (29-30)

Lo cierto es que, independientemente de la polémica, el Canto de Panero se adelanta en cuanto a la moderna crítica a la Leyenda Negra; que posee pasajes de convincente belleza en cuanto a poesía pura; que merece, pues, ser observado y valorado con abstracción del pretexto político que lo motivara. Creemos que el tiempo conferirá su verdadero valor al Canto de Panero. Mas sin ignorar, ni mucho menos, la estatura de Neruda y sus pasajes de verdadera majestad, mucho del éxito internacional del chileno se apoya también en su propia y hábil promoción, en la cual cuentan de manera especial las circunstancias de producción de su obra, cual en dos cabos; uno, el inicial, es la guerra civil española y la participación de Neruda en la causa republicana; el otro, el final, es la inicua destrucción de la casa, pertenencia y archivos del poeta en Isla Negra, a manos de facciosos del régimen pinochetista. Todo ello, unido a la sazón extra-poética de la crítica material-histórica, garantizan su apoyo por las *intelligentsias* de la izquierda internacional. Al ser «impura» su poesía, mucho de lo que la hace creíble y acepta no es precisamente lo poético, sino ciertos elementos circunstanciales y, por qué no decirlo, de *marketing*.

* Manuel García Castellón. University of New Orleans.

OBRAS CITADAS:

-ALLER, César. *La poesía personal de Leopoldo Panero*. Pamplona: Eunsa, 1976.

-GULLÓN, Ricardo. *La juventud de Leopoldo Panero*. León: Breviarios de la Calle del Pez, Excma. Diputación, 1985.

-LUIS, Leopoldo de. «La poesía de Leopoldo Panero (a los veinte años de su muerte)». *ABC, Sábado cultural*. No. 90. 25-9-1982

-NERUDA, Pablo. *Por las costas del mundo*. Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1999.

-NERUDA, Pablo. *Canto General*. Edición de Enrico María Santí. Madrid: Ediciones Cátedra, Letras Hispánicas, 1998.

-NERUDA, Pablo. *Confieso que he vivido. Memorias*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1974.

-PANERO, Leopoldo. *Obras completas*. Ed. de Juan Luis Panero. Madrid: Editora nacional, 1973.

-PANERO, Juan Luis. Prólogo a *Obras completas* [de Leopoldo Panero]. V. *supra*. Pp. 11-22.

-PARRA HIGUERA, Alberto. *Investigaciones sobre la obra poética de Leopoldo Panero*. Frankfurt del Maine: Herbert Lang Peter Lang, 1971.

¹ Cf. «La rosa blindada» ponencia en dicho Congreso del poeta Serrano Plaja sobre la postura de los intelectuales en aquella circunstancia histórica. <http://www.rosa-blindada.info/?p=120>.

² Por su parte, Neruda es hijo de obrero ferroviario y maestra que fallece por tuberculosis.

³ A 12 de diciembre de 2009, el *Diario de León*, así como otros periódicos españoles, informaban que el Ayuntamiento de Sevilla, dirigido por partidos de izquierda, finalmente cedía su sala cultural para una charla sobre Leopoldo Panero. Los organizadores –Grupos *Además* y *Fernando III*– dijeron reservarse el derecho de denunciar al mismo Consistorio municipal por «prevaricación y discriminación ideológica.»

⁴ Neruda narra la fundación de la revista *Caballo Verde para la poesía*, cuando «el poeta Manuel Altolaguirre, quien tenía una imprenta y vocación de imprentero», ofreciera a Neruda el honor de dirigir «una hermosa revista de poesía, con la representación de lo más alto y lo mejor de España» (162-165).

⁵ Leopoldo de Luis. «La poesía de Leopoldo Panero (a los veinte años de su muerte)». En *ABC, Sábado cultural*. No. 90. 25-9-1982

⁶ «Federico García Lorca era el duende derrochador, la alegría centrífuga que recogía en su seno e irradiaba como un planeta la felicidad de vivir. Ingenuo y comediante, cósmico y provinciano, músico singular, espléndido mimo, espantadizo y supersticioso, radiante y gentil, era una especie de resumen de las edades de España, del florecimiento popular; un producto arábigo-andaluz que iluminaba y perfumaba como un jazminero toda la escena de aquella España, ay de mí, desaparecida ... Nunca tuve un hermano más alegre» (Neruda, 1971: 166-167).